

LA MUERTE DE CESAR

(DEL ACTO I.)

—
ESCENA II.

CESAR.—ANTONIO.—LÉPIDO.

(*Lépido llega apresurado, con varios pergaminos en la mano.*)

LÉPIDO.

¡Oh César!

Conspiran contra tí. Torpes libelos,
En que tu honor y dignidad excelsa
Por el lodo se arrastra, en Roma corren.
Hacer odioso tu poder se intenta.
Mira: de Aulo Cecino es este, y este
De Pitolao, el cínico poeta.

(*Entrega á César los libelos.—César se sienta á leerlos.*)

Pues ese fruto tu bondad recoge,
Que la venganza á la bondad suceda.
Aquí del falso amigo que te vende
Verás el nombre, la denuncia es ésta.
Para tramar conjuración traidora
Nocturnos conciliábulos celebran:
Tu salvación, la nuestra, la de Roma
Su sangre piden.

ANTONIO.

(*Mirando la denuncia.*)

¿Confirmadas están?—Lépido, vámos.
Y que divida al punto su cabeza

La segur del licitor. He aquí su nombre
¡Perezca Bruto!

CÉSAR.

¡Bruto!... ¡Ten la lengua!

(*Se levanta y toma la denuncia.*)

¿Quién este escrito te entregó?

LÉPIDO.

Un esclavo

De Casio: Ennio se llama.

CÉSAR.

Y ¿tienes pruebas

De la vil delación?

LÉPIDO.

Aquí al instante

Le haré traer.

CÉSAR.

Detente.

LÉPIDO.

En tu presencia

Revelará tal vez.

CÉSAR.

Lépido, basta:

(*Rompe la denuncia.*)

Nada quiero saber.

ANTONIO.

¡Bondad funesta!

CÉSAR.

(Dictando.)

«En Roma se conspira: hombres ingratos
»Pagan así de César la clemencia.
»El Dictador lo sabe; sabe el sitio,
»Y los nombres también.»

ANTONIO.

Y los condena...

CÉSAR.

Nada más.—Este edicto se publique.
(Da el pergamino á Lépido.)

LÉPIDO.

Y de Cecino y Pitolao ¿qué ordenas?
En el pórtico están entre lictores.

CÉSAR.

Al punto vé, y en libertad los deja.

LÉPIDO.

¿Sin castigar su audacia?

CÉSAR.

Que no escriba
Dí á Pitolao; que no nació poeta.
Con todo, de estos versos miserables
Cuántos logros hallar recoge y quema.
Pueden hacer fortuna: son muy malos.
(Los rompe.)
Obedece.—Vosotros salid fuera.

ESCENA VI.

CÉSAR, BRUTO.

CÉSAR.

Tú me comprendes, Bruto: no desea
Adulación servil el alma mía.
¿Por qué el único labio en que resuena
La voz de la verdad, con tal desvío,
Con tal ingratitud de mí se aleja?
Por la gloria de Roma he combatido.
A su dicha desde hoy mi vida entera
Pretendo consagrar. Habla: tú eres
El ídolo del pueblo: sus querellas
Cuéntame tú: satisfacerlas quiero
Por tu mano. ¿Qué pide? ¿qué desea?

BRUTO.

De tí, solo una cosa.

CÉSAR.

¿Cuál?

BRUTO.

Que abduques
El supremo poder.—Pues tanto anhelas
Que llegue la verdad á tus oídos,
A decírtela vengo; y no pudiera
Bruto corresponder más noblemente
De tu cariño á las continuas muestras.
¿César! cuando en los siglos venideros
La historia de tu vida el mundo lea,
Los triunfos increíbles, tus conquistas,
Tus hazañas sin cuento, tus proezas,

En el Nilo, en el Rhin y el Océano,
Tu gloria, tu fortuna, tu clemencia;
¡Llenarás de asombro! Si ese asombro
Quieres que en alabanza se convierta,
Corona ya tus hechos inmortales
Con un hecho que á todos oscurezca:
Volviendo á Roma sus antiguas leyes
Y su antigua República. Contempla
Que las victorias atribuirse pueden
Tal vez á la fortuna; mas la empresa
De dar á un pueblo libertad, es sólo
Obra de la virtud. Acción tan bella,
Mejor que triunfos bélicos, tu fama
Sobre cimientos sólidos eleva!

CÉSAR.

¿Qué libertad me pides, triste Bruto?
¿Qué libertad para tu patria sueñas?
¿La que gozaba Roma, cuando iguales
Todos, y todos pobres, las faenas
Del campo eran su oficio? ¿Cuándo el Cónsul,
Cumplido el año, la segur depuesta,
Bajaba en paz del alto Capitolio,
Tornando ufano á manejar la esteva?
No es esta aquella Roma: ¡las conquistas
Vertieron en su seno las riquezas
Del subyugado mundo, y con el oro,
La ponzoña que corre por sus venas!
El rico fué tirano; esclavo el pobre;
¡La libertad murió! ¡Turbas ambrientas,
Tendidas en los pórticos, aguardan
Los desperdicios de opulenta mesa;
Y el libre voto que á los altos puestos
De la suprema dignidad eleva,
A precio vil en los comicios venden!
¡Roma degenerada se prosterna
A las plantas de Mario, ó bajo el hacha

De Sila tiende la servil cabeza!
¿Y en tales manos, su salud, su gloria
Pudiera yo fiar? ¡Bruto! desecha
Tu mentida ilusión: los ojos abre;
Mira á Roma cual es, y no cual era;
Y ambos, desde hoy unidos, procuremos,
Pues libre no ha de ser, que feliz sea.

BRUTO.

No puede ser feliz un pueblo esclavo.

CÉSAR.

No es esclavo por mí; para él cadenas
Mis bondades no son.

BRUTO.

¡Ah! ¡tus bondades!
¡Esas son á la patria más funestas
Que los suplicios del sangriento Sila!
Si desoyes mis ruegos; si te empeñas
En ser tirano, imítale, derrama
Nuestra sangre á torrentes; quizá al verla,
De su letargo despertando Roma,
Se alce al fin contra tí. Mas ¡oh! con esa
Bondad inicua acariciando al pueblo.
¡Pérfido! ¡á amar la esclavitud le enseñas!

CÉSAR.

No le hice esclavo yo.

BRUTO.

¿Pues quién?

CÉSAR.

¡Sus vicios!

BRUTO.

Esos vicios que, hipócrita, lamentas,
Con el ejemplo combatirlos debes.
Dálo el primero tú: ¡la noble empresa
Digna de César es! Abdica, abdica
El supremo poder, y ante la fuerza
De esta heroica virtud, verás que Roma
Asombrada se postra y te venera,
No como á Dictador, mas como á Numen.

CÉSAR.

¡Es tarde ya!

BRUTO.

¡No es tarde! ¡te lo ruega
Bruto, y cae á tus plantas! Por la patria,
Por tu gloria inmortal, abdica, ¡oh César!

CÉSAR.

¿Qué pides, infeliz? Si yo abdicase
¡Ay de la patria!

BRUTO.

¡Basta! No hay en ella
Más que un romano ya, que avergonzado
De tí y de Roma con horror se aleja! *(Se va.)*

ESCENA VII.

CÉSAR.

¡Sublime indignación! ¡No sufro dueño!—
Veo mi sangre en él: ¡hijo es de César!

VENTURA DE LA VEGA.

FERNANDO.

Que eres hombre de provecho
sé, y te doy mil parabienes.

ANTONIO.

Si, amigo mío, aquí tienes
un doctor hecho y derecho.
Y ya verás cuál me afano,
y que no como ni duermo
por enterrar al enfermo
y hacer enfermar al sano.
¿Y tú, te diviertes?

FERNANDO.

Sí...

ANTONIO.

¡Lo dices de un modo!

FERNANDO.

Lucho
contra un mal...

ANTONIO.

Me alegro mucho:
prefiero ensayarme en tí.

FERNANDO.

¿Ensayarte—¡qué imprudencia!
en mí que tu amigo soy?

ANTONIO.

Yo siempre al amigo doy
en todo la preferencia.

Obraré con juicio y calma;
y si no te pongo bueno
antes de un mes...

FERNANDO.

No hay Galeno
que cure males del alma.
Y á curarme no te obligo,
porque ya comprenderás...

ANTONIO.

Si el médico está de más,
podrá curarte el amigo.

FERNANDO.

Ya sabes que fué pactada
con Clara há tiempo mi unión,
y hoy que sus hechizos son
maravilla de Granada,
la dicha sin par me espera
de poder llamarla esposa.

ANTONIO.

Pues dígame que es la cosa
para afligir á cualquiera.
¡Ah, ya caigo! Es en el día
tan coqueta la mujer,
y hay tanto... ¿Tendrás que hacer
á algún pollo una sangría?

FERNANDO.

No, mi prima es virtuosa.

ANTONIO.

Entonces yo no me explico
por qué te lamentas.

FERNANDO.

Chico,
mi prima...

ANTONIO.

Acaba.

FERNANDO.

¡Es celosa!
(Con mucho énfasis, levantándose.)

ANTONIO.

De eso que te ama se infiere.

FERNANDO.

Me quiere de tal manera,
que ojalá no me quisiera
tanto ¡hay Dios! como me quiere.

ANTONIO.

Pues no te enojés si toco
(Levantándose también.)
la llaga: cuando has notado
que te quiere demasiado,
tú debes quererla poco.

FERNANDO.

Te engañas. Saben los cielos
que sólo para ella existo;
mas tú nunca por lo visto,
has sido amado con celos.
Ni este mal en Clara es como
el que á otras niñas desvela,

no: los celos de mi Otela
son celos de tomo y lomo.
Son terrible frenesí,
que acabará con los dos
si antes no se apiada Dios
de la celosa ó de mí.
¡Qué dicha si al fin la viera
tierna y afable; capaz
de vivir conmigo en paz;
trocada en mujer la fiera!
Pero no: el mal que padece
no hay remedio, y más se inflama
con mi tierno amor, cual llama
que más con el viento crece.
Distinto amor cada día
me atribuye: si hoy por Juana
ó Luisa ó Petra, mañana
por Inés, Concha ó Lucía.
No hay mujer bonita ó fea,
moza ó vieja, fina ó ruda,
doncella, casada ó viuda
de que galán no me crea.
En continua actividad
todo lo observa, y de todo
indicio saca á su modo
de nueva infidelidad.
Cualquiera monada irrita
su vil pasión; no me es dado,
sin que haya un altercado,
ni estrenar una levita.
Cuando mucho se dilata
mi sueño, á mi bella plugo
tratarme bien; si madrugo,
es porque bien no me trata.
Y firme en su empeño loco
de hallar en todo misterio,
no le gusta verme serio,

ni verme alegre tampoco.
Preso en tan estrechos grillos,
dejo con santa paciencia
que abra mi correspondencia,
que registre mis bolsillos.
¿No sale? Pues con, efecto,
yo aquí me quedo encerrado.
Que sale. Pues yo á su lado
muy rígido y circunspecto.
Sin que su furor estalle,
no puedo en casa chistar:
no puedo hablar ni mirar
ni respirar en la calle.
Si por fin su venia obtengo,
y suelto algún paso doy,
ella sabe á donde voy,
donde estoy, de donde vengo:
á ella nada se le escapa,
porque, á la menor sospecha,
por orden suya me acecha,
toda una ronda de capa.
Hay para darse al demonio;
es cosa de no poder
vivir; es cosa de hacer
un disparate. Ay, Antonio;
cásate con la que sea
más pobre y más gastadora,
más necia y más habladora,
más presumida y más fea;
con una dama de pro,
á quien cerque el mundo entero
y que juegue y fume: pero
¿con mujer celosa? No.

ANTONIO.

Cierto que Clara es muy bella,
pero si tanto te oprime

y te martiriza, dime,
¿por qué te casas con ella?

FERNANDO.

¿No ves que así lo reclama
antiguo y solemne pacto;
que si ahora yo me retracto
en riesgo pongo su fama?
Ni exigen sólo esta unión
el interés y el decoro:
me caso porque la adoro
con todo mi corazón.

MANUEL TAMAYO Y BAUS.

NADIE SE MUERE

HASTA QUE DIOS QUIERE

ESCENA IX.

ARTURO Y MAGDALENA.

MAGDALENA.

Yo soy póstuma... por parte
de papá, porque se fué
á América cuando yo
nací, y el día en que él
anocheció para el mundo
empecé yo á amanecer.
Primera desdicha.

ARTURO.

Una.

MAGDALENA.

Mi mamá se fué á Jerez,
y un jerezano la dijo
que poniendo un almacén
de vinos de pasto aquí,
es cosa de enriquecer:
pues señor, que se casaron,
ya á fuerza de mirar él

por los vinos de mamá,
se tomó tanto interés
que un día se le encontraron
difunto, junto á un tonel.
Se bebió toda la hacienda
en cuatro años y un mes.
Pusimos casa de huéspedes:
había cerca un cuartel
y vino á vivir á casa
un teniente, ¡qué toser,
qué fumar y qué zurrarle
al asistente la piel!
no pagaba casi nunca.
Y mamá dijo: Tal vez
casándome con él, vamos...
y en fin se casó con él;
pero el capitán un día
le llamó animal, porque
no hacía que los caballos
engordasen sin comer;
y no pudiendo el teniente
romperse el alma con él,
porque dicen que hay un libro
que se lo impedía hacer,
enfermó del berrenchín
y reventó.

ARTURO.

Pues van tres.

.....
NARCISO SERRA.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

ACTO TERCERO

ESCENA VII.

QUEVEDO.

No me han visto.—Es fuerte apuro
que me hayan de perseguir
necios siempre, y de seguro
con este infame conjuro:
«Quevedo hacednos reir.»
Y es, por Dios, contraste horrendo,
y aun vice-versa nefando,
y hasta sarcasmo estupendo,
que ellos escuchen riendo
lo que yo digo rabiando.
—Tal vez porque se desvíen,
suelto un chiste insulso y frío...
mas de gusto se deslien,
y tanto á veces se ríen
que al fin... yo también río.
—Risas, hay de Lucifer...
risas preñadas de horror!
Que en nuestro mezquino sér,
como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor!
—¡Necios, los que abris las bocas,
abrid los ojos!... ¡Quizás
veréis que mis risas locas
son de lástima no pocas,

y de tedio las demás...

—¡No!... con su chata razón
no comprenden, cosa es clara,
que mis chistes gotas son
de la hiel del corazón
que les escupo á la cara.

—Y jamás librarme puedo
de ese infernal retintín,
que ya me produce miedo:

«divertidnos vos, Quevedo»,
—y hablo y los divierto al fin.

¿Qué tal?— Me divierto mucho,
dice, al divertirse, un bicho,
ya en diversiones muy ducho...

—¡Y con qué temblor lo escucho,
yo que en mi vida lo he dicho!...

Sí... los necios de mil modos,
que se divierten discurro
hasta por cogote y codos...

Y yo, al divertirse todos,
siempre me canso y me aburro. (*Pausa.*)

Cansado estoy de cansarme
y aburrido de aburrirme...

—¡Necios... venid á enseñarme
cómo tengo de arreglarme
para saber divertirme!

ELOGIO FLORENTINO SANZ.



ELOCUENCIA Y POESÍA CASTELLANAS

ÍNDICE

	Págs.
Preliminar.	5
Breve reseña de literatura española.	7
PROSA.	
La elocuencia, por Salustiano de Olózaga.	31
De la poesía en general, por Manuel Milá y Fontanals.	33
Elocuencia popular, por Joaquín María López.	39
La Geografía base para el estudio de la Historia, por Gaspar Melchor de Jovellanos.	41
Guerra de la Independencia, por el Conde de Toreno.	52
Conocimiento adquirido por el testimonio inmediato de los sentidos, por Jaime Balmes.	61
Yo quiero ser cómico, por Mariano J. de Larra.	68
Origen de nuestras escenas: su esplendor y decadencia, por Antonio Gil de Zárate.	80
La Noche-Buena del Poeta, por Pedro Antonio de Alarcón.	105
Fragmento de un discurso académico sobre la Biblia, por Juan Donoso Cortés.	112